

Y cuentan los piadosos naturales,  
Que cuando un mar de fuego era el convento,  
En que los chapiteles colosales  
Se desplomaban con fragor violento;

Vieron á las mansiones celestiales,  
Volar, atravesando el firmamento,  
De resplandor cercada y luz hermosa,  
Triunfante LA AZUCENA MILAGROSA.

*Nápoles, diciembre 1847.*

#### NOTA DE LOS EDITORES

El duque de Rivas inventó, compuso y escribió esta leyenda en Nápoles á fines del año 1847, y la conservó manuscrita hasta el año 1851, que la publicó en Madrid don Angel Fernandez de los Rios en su *Biblioteca universal* con otras poesías del autor, tituladas: *El Crepúsculo de la tarde*. A pocos meses se apoderaron de *La Azucena milagrosa* los copleros de los ciegos, y apareció por las esquinas de Madrid, y se esparció en las provincias, un romance ramplon, muy largo y desmayado, titulado: *La Guirnalda misteriosa*, con el mismo asunto de *La Azucena*, y con los mismos lances, bien que desnudos de toda gala y de toda poesía, pero adornados, sí, con unas malas copias de las preciosas viñetas con que ilustró el señor Fernandez de los Rios su publicacion.

Aunque el plagio era despreciable, lo denunció el editor de la *Biblioteca universal* al Juez de primera instancia del distrito de Lavapiés, señor Sanchez Ocaña; y despues de las actuaciones convenientes por la escribanía de Mendoza, se reconoció la originalidad de *La Azucena*, y fueron condenados los autores de *La Guirnalda*.

Como andando el tiempo puede aparecer algun ejemplar de esta, y creerse anterior á la otra, y sospechase que de ella tomó el Duque su argumento, consignamos aquí esta noticia, para que jamás se dude de la originalidad de esta leyenda, creacion completa de nuestro autor, y no tomada de crónica, novela ni tradicion alguna española ó extranjera.



#### LEYENDA SEGUNDA

### MALDONADO <sup>(1)</sup>

A la Excm. Sra. Marquesa de Molins

#### I

#### LA BORRASCA Y EL VOTO

*Prestat componere flectus.*  
VIRGILIO.

Al puerto de la insigne Barcelona  
Dirigense triunfantes las galeras,  
Que de Aragon la gloria y poderío  
De asegurar acaban en Becerta.

Donde tornando el mar lago de sangre,  
Y las líbicas playas en hogueras  
En las playas y el mar desbarataron  
Del Sarraceno aterrador las fuerzas.

Libre á Sicilia, á Nápoles, á Malta  
Del yugo y de las bárbaras cadenas,  
Y seguros el Púnico y Tirreno  
Con la victoria de sus armas dejan.

Y tornan á la patria. Ya descubren  
Del altivo Monjuich la frente excelsa,  
Y lo saludan con fervientes gritos  
De flámulos ornando las antenas.

Cuando de pronto el favorable viento,  
Que empujaba benéfico las velas,  
Dejando en ocio las cautivas chusmas,  
Y en reposo las rojas palamentas,  
Su favor les retira. Desmayando  
Ni el ancho seno de las lonas llena,  
Ni silba entre los mástiles robustos,  
Ni aun con el fácil gallardete ondea.

El mar dormido en repentina calma  
Laguna ó claro espejo se dijera,  
Y como en la llanura están los pinos  
Inmóviles en él las naves quedan.

Lento el sol á Occidente descendía,  
Su faz velando en vaporosas nieblas,  
Que el remoto horizonte confundiendo,  
Borró á la vista las cercanas tierras.

Despues entre enlutados nubarrones,  
Que desde el sur á sepultarlo vuelan,  
Como cadáver que húndese en la tumba,  
Se hundió, dejando claridad siniestra.

(1) El asunto de esta leyenda lo debió el autor á su íntimo amigo el señor don Juan José Bueno, abogado sevillano, erudito bibliógrafo, quien lo encontró en un antiguo y raro nobiliario de Aragon.

Y al trasmontar las cumbres del ocaso  
 En una faja lívida y sangrienta  
 Un instante mostróse enrojecido,  
 Lanzando al orbe una mirada horrenda.  
 Los pilotos y prácticos temiendo  
 Que aquella calma repentina fuera  
 Presagio de durísima borrasca,  
 Nuncio fatal de horrisona tormenta,  
 Las jarcias y los mástiles requieren,  
 El velámen solícitos aferran,  
 Y despertando á las ociosas chusmas  
 Bogar, bogar, con alto grito ordenan.  
 Pues á fuerza de brazos y de remos  
 Burlar el golfo engañoso intentan,  
 Y conseguir tal vez á la mañana  
 Saludar de Barcino las almenas.  
 Murió en breve un crepúsculo dudoso  
 Sin color y sin luz, y muerto apénas,  
 Cielos y mares la espantable noche  
 Envolvió en oscurísimas tinieblas.  
 Nada, nada se ve. Y en el silencio,  
 Tan hondo y pavoroso cual si muerta  
 Y hundida del Criador en el olvido  
 Ya se encontrara la creacion inmensa,  
 Sólo el compás de los movibles remos,  
 Y el silbido del cómitre resuenan,  
 Y el rumor sordo de la leve espuma,  
 Y el agrio rechinar de las maderas.  
 A poco nace el Abrego, y en breve  
 Crece, y gigante los espacios llena,  
 Y zumba entre las nubes, y sañudo  
 Se arroja al mar y por sus llanos vuela.  
 Y lo azota, y lo empuja, y lo entumece,  
 Y revuelve y confunde sus arenas,  
 Y en fantásticos montes lo levanta,  
 Que se alzan y hunden, chocan y revientan.  
 Roncos retumban formidables truenos,  
 Rasgan rayos trisulcos las esferas,  
 Y á la luz de relámpagos horrendos  
 Del espantoso caos se ve la escena.  
 ¡Oh naves de Aragon desventuradas!...  
 ¿Por qué los cielos su favor os niegan  
 En las iras del mar, si tan propicios  
 Os lo acordaron en las crudas guerras?...  
 ¡Cuál las empuja el huracan violento!  
 Ora al profundo abismo las despeña,  
 Ora á las altas nubes las levanta,  
 Las arrastra, y empuja, y hunde, y vuelca.  
 Ya las envuelven las bramantes olas,  
 Ya en sus costados con fragor se estrellan,  
 De espuma levantando blanca nube,  
 Que luego las inunda en lluvia espesa.  
 Mas no desmaya el generoso aliento  
 De los valientes de Aragon. Pelean  
 Con el viento y la mar, cual pelearon  
 Con la indómita furia sarracena.

Firmes en el timon los capitanes,  
 De pericia y valor dan larga muestra,  
 En roncas voces á la chusma animan,  
 Con roncas voces lo que cumple ordenan.  
 Y obedecidos son, crujen los cables,  
 Los mástiles se encorvan, las entenas  
 Gimén, los remos címbrense, y las proras  
 La espuma encienden y resurten sesgas.  
 Mas ¡ay!... Cuando el Señor Omnipotente  
 Rompe con brazo airado las barreras,  
 Cárcel de los furios elementos,  
 ¿Qué es el valor humano, qué es la ciencia?  
 Cada momento furibundo crece  
 El temporal, el huracan arrecia,  
 La mar sube á las nubes rebramando,  
 Las sombras de la noche son más densas;  
 Ya resistir no pueden la constancia,  
 Ni el valor, ni el saber. Rotas, dispersas  
 Las naves, anegadas, sin gobierno,  
 Sólo descansan en el abismo esperan.  
 Cuando Perez de Aldana el Almirante,  
 Que mal herido en la batalla fiera  
 Que acaba de ganar á los infieles,  
 Yace en un lecho, donde vive apénas,  
 En brazos de abatidos marineros,  
 Que en él sus esperanzas tienen puestas,  
 Sube al alcázar de su rota nave,  
 Despreciando el turbión y la tormenta.  
 De un fúlgido relámpago á la lumbre  
 Ve el estado infeliz de sus galeras,  
 Reconoce que no hay más esperanza  
 Que del Omnipotente en la clemencia:  
 Y cayendo en la tabla de rodillas,  
 Los mustios brazos trémulos eleva,  
 Y en los golpes de mar todo empapado,  
 Y dando al huracan la cabellera,  
 Dice, en fe viva ardiendo: «Virgen santa,  
 Lucero de la mar, del cielo Reina,  
 Madre del Redentor, salva á tu pueblo,  
 Salva las naves de Aragon, que llevan  
 »Tu excelso nombre á los remotos mares,  
 Tu santo culto á las remotas tierras,  
 Y que la santa ley del Hijo tuyo  
 Es el principio y fin de sus empresas.  
 »Hago voto solemne, oh Virgen pura,  
 Si nos concedes tu piedad inmensa,  
 De ir en humilde y santa romería,  
 De Monserrate á la enriscada sierra.  
 »Y colocar ante tu altar sagrado  
 Y rendir á tu imágen como ofrenda,  
 De estas nuevas victorias los despojos,  
 Del infiel debelado las banderas.»  
 Y esforzándose más la salve entona,  
 Que repiten mil voces. Y resuenan  
 Entre el bramar del huracan sañudo,  
 El hórrido fragor de la tormenta,

El ronco hervir de la agitada espuma,  
 El rugir de las olas que revientan,  
 De la Madre del Verbo los loores,  
 Que al cielo encantan y al infierno aterran.  
 Y perdidas no fueron las plegarias.  
 Jamás se pierden, porque al cielo llegan,  
 Las que á la santa Virgen se encaminan,  
 Del afligido por la fe sincera.  
 Pues de pronto rompiéndose las nubes,  
 Lucero bienhechor la faz demuestra,  
 Que aunque al punto se eclipsa y se confunde,  
 Los pechos todos de esperanza llena.  
 Y no fué vana. El huracan violento  
 Siente una mano firme, que encadena  
 Sus negras alas, y la mar sañuda  
 Un poder superior que su ira enfrena.  
 Y aunque soberbios braman y reluchan,  
 Y en su despecho con furor forcejan,  
 El mar humilla sus movibles montes.  
 Y el huracan se esconde en sus cavernas.  
 El negro manto de la noche horrible  
 Rasgado y roto por la mano excelsa  
 Que de Aragon ampara los bajeles,  
 Deja á trechos brillar vagas estrellas.  
 Al fin marca en Oriente albor confuso  
 Una línea undulosa verdinegra,  
 Tras la que empieza la anhelada aurora  
 A dar de vida y paz al mundo señas.  
 Los negros fugitivos nubarrones,  
 Que aun el espacio tormentoso llenan,

A su pesar se ven engalanados  
 De púrpura y de gualda con cenefas.  
 Y aunque el sol no descubre su semblante,  
 Su benéfica luz los aires llena,  
 Y da al revuelto mar variados visos  
 Y las espumas férvidas blanquea.  
 Rota la inmensa bóveda de plomo  
 Ver la del cielo azul á trechos deja,  
 Y todo anuncia próxima bonanza,  
 Y que la ira de Dios se calma y temple.  
 Mas, ¡ay en cuál estado el nuevo día  
 Ve de Aragon las miserables galeras!  
 Dos desaparecieron. Las restantes,  
 Que perdidas andaban y dispersas,  
 Sin mástiles las unas, sin timones  
 Otras, y todas á la mar abiertas,  
 Por llegar donde ven la capitana  
 Con los remos trabajan y forcejan.  
 Al cabo lo consiguen, animosas  
 Siguen el rumbo á los costados de ella,  
 Con constancia y con arte dirigidas  
 Por los hombres de mar que las gobiernan.  
 Y despues de correr nuevos peligros  
 Por el mísero estado en que navegan,  
 Y porque el mar aun crespo y borrascoso  
 No ofrece á su anhelar segura senda;  
 Al esconderse el sol en el ocaso  
 Al puerto ansiado de la patria llegan,  
 Y bendiciendo al Dios omnipotente  
 Con las pesadas áncoras se aferran.

## II

## LA ROMERÍA.—EL DESAFÍO

¡Ay de tí si al Carpio voy!

¡Ay de tí si al Carpio vas!

*Antigua comedia.*

Entre colosos de piedra,  
 Que con las nubes combaten,  
 Y desde léjos parecen  
 Los fulminados Titanes,  
 Está un templo de María  
 Con su milagrosa imágen,  
 En las elevadas crestas  
 Del fragoso Monserrate.  
 Conságranse fervorosos  
 A su culto en los altares  
 Cenobitas, que renuncian  
 Del mundo á las vanidades.

Y con duras penitencias,  
 Y con místicos cantares  
 La alta proteccion imploran  
 En favor de los mortales.  
 Y no en vano. En la capilla  
 Labrada de hermosos jaspes,  
 Los votos de plata y cera  
 Milagros afirman grandes.  
 Veinte lámparas de azófar  
 Tiene el retablo delante,  
 Y cien cándidos blandones,  
 Que siempre fúlgidos arden.

Allí humildes van los Reyes  
 A pedir que los ampare  
 En sus bélicas empresas  
 Del Verbo eterno la madre.  
 Y allí tornan victoriosos  
 A rendirle el homenaje  
 De tesoros y cautivos,  
 De pendones y estandartes.  
 De todo el orbe cristiano  
 Acuden á Monserrate  
 Los dolientes y afligidos,  
 Y nunca acuden en balde.  
 Pues parece que la Virgen  
 En derramar se complace  
 De sus gracias los tesoros  
 Desde aquellos peñascales.  
 Mas nunca la concurrencia  
 Es tan bulliciosa y grande  
 Como en el solemne día  
 De su fiesta memorable.

Era, pues, llegado, y véñse  
 (Al esmaltar los celajes  
 Del Oriente hermosa Aurora,  
 Que del mar vecino sale)  
 Por los senderos del monte  
 Estrechos y desiguales  
 Subir apiñadas turbas  
 De los pueblos más distantes.  
 Y no sólo allí concurren  
 Los devotos catalanes  
 Y los fieles españoles  
 A venerar á la imágen;  
 Que vienen de todo el mundo  
 Peregrinos á millares,  
 Y hasta herejes y paganos,  
 Buscando alivio á sus males.  
 Ya suben en sus literas  
 Princesas de régia sangre,  
 Y en poderosos corceles  
 Príncipes de alto linaje.  
 Señores de grande alcurnia  
 Con escuderos y pajes,  
 Y en sus mulas los Prelados  
 Seguidos de Capellanes.  
 Y valerosos guerreros  
 Por los riscos y jarales  
 Trepan, ostentando altivos  
 Armaduras rutilantes.  
 Y en gallardas hacaneas  
 Doncellas de lindo talle,  
 Con repulgos y melindres  
 Haciéndose interesantes.  
 Y las siguen y custodian,  
 Escabechadas las carnes,

Sus dueñas, que medrosicas  
 Van temiendo despeñarse.  
 Y caballeros machuchos,  
 Y perfilados galanes,  
 Y un pueblo inmenso que hierve  
 Y rebulle en todas partes.  
 De condiciones distintas  
 Personas chicas y grandes,  
 De todo sexo y estado,  
 De todas trazas y edades,  
 Suben la sierra anhelosas  
 Juzgando que llegan tarde;  
 Y se empujan y atropellan  
 Por dar un paso adelante.  
 Ricos, pobres, peregrinos,  
 Marineros, mozas, frailes,  
 Niños, viejos y mujeres,  
 Soldados y capitanes,  
 Ciegos, mudos, y tullidos,  
 Leprosos, febricitantes,  
 Endemoniados, convulsos,  
 Paralíticos y orates;  
 Gentes de todas naciones  
 Con diferencia de trajes,  
 Con diversidad de idiomas,  
 Con distintos ademanes.  
 Y la confusion de lenguas,  
 Que se difunde en los aires,  
 Otra Babel la montaña  
 Con extraño rumor hace.  
 Como en jardin la convierten  
 De mil colores brillantes  
 Los penachos, y las cintas,  
 Y los vistosos ropajes.  
 Contemplados desde léjos  
 Los senderos undulantes  
 Atestados del gentío  
 Que desde el profundo valle  
 Con movimiento conforme  
 Sube á las cumbres distantes,  
 Ser dijéranse serpientes  
 Bigarradas, colosales,  
 Que girando entre los riscos,  
 Se encaramaban voraces  
 A devorar en las nubes  
 A las águilas caudales.

En medio de aquellas turbas,  
 Entre confusion tan grande,  
 En una humilde camilla  
 Sube enfermo y anhelante,  
 A cumplimentar el voto  
 Con que libertó sus naves,  
 El noble PEREZ ALDANA,  
 Aragonés almirante.

Mal curadas sus heridas,  
 Escaso de vida y sangre,  
 Y con la horrenda borrasca  
 Acrecentados sus males,  
 Disfrazado de romero,  
 Y tan otro su semblante  
 Con la enfermedad prolija,  
 Que no le conoce nadie,  
 Va en hombros de marineros  
 Sin séquito y sin bagaje,  
 Como cumple á un penitente  
 Y al voto que hizo en los mares.  
 Llega á la puerta del templo  
 Donde le acogen los frailes,  
 Y colocan la camilla,  
 De la que no puede alzarse,  
 Tras de un pilar del crucero,  
 Desde do el enfermo alcance  
 A cubierto del bullicio  
 A ver las solemnidades.  
 Pues tan postrado y doliente  
 Está, que así sólo es dable  
 El que asista á los oficios  
 Y á Dios pueda encomendarse.

Ya un sol naciente de mayo  
 Atravesaba brillante  
 De las altas vidrieras  
 Los transparentes esmaltes.  
 Y en el alto campanario  
 Sonoras voces al aire  
 Daban los cóncavos bronces,  
 Nuncios de festividades;  
 Y ya el inmenso gentío  
 Llenaba las anchas naves  
 Del gran templo, do la misa  
 Va solemne á celebrarse;  
 Cuando un francés caballero,  
 De escuderos y de pajes  
 Servido, arriba, y penetra  
 Con desenfado notable  
 La apiñada muchedumbre,  
 Hasta lograr colocarse  
 Junto al pilar, do en su lecho  
 Está el herido Almirante.  
 Comiéñzanse los oficios,  
 Con la cruz y los ciriales  
 Y su séquito y su mitra  
 Revestido el Abad sale.  
 Con torrentes de armonía,  
 Con sonoras tempestades  
 El órgano estrepitoso  
 Retumbar las cimbras hace.  
 Vuelan las nubes de incienso,  
 Embalsamando los aires,

Y escondiendo del retablo  
 Las molduras y follajes.

Y el tal francés caballero  
 Sin que respeto le ataje,  
 Y por ver más á su gusto,  
 Cansado ya de empinarse,  
 De pié atrevido se pone,  
 Insultador y arrogante,  
 Sobre la humilde camilla  
 Do Perez de Aldana yace.

Este lo sufre un momento,  
 Aunque le hierve la sangre;  
 Mas cuando el otro le pisa  
 Ya no tolera el ultraje.  
 Y entre los dos en voz baja,  
 Descompuestos los semblantes,  
 Pasó el diálogo siguiente,  
 Sin que lo advirtiese nadie.

ALDANA.

Cuidad vos, el caballero,  
 Lo que haceis por distraccion.  
 Guardad consideracion  
 A un impedido romero.

FRANCÉS.

Basta, buen hombre. Si vos  
 Qué pié excelso os ha pisado  
 Conocieseis, muy honrado  
 Os creyerais, vive Dios.

ALDANA.

Pues si á vos adivinar  
 Os fuera dado quién es  
 Este en quien poneis los piés,  
 Por Dios que habiais de temblar.

FRANCÉS.

¿Temblar yo?... ¡temblar!... Insano,  
 Soy duque de Normandía,  
 Y á no estar aquí pondria  
 El pié en tu rostro villano.

ALDANA.

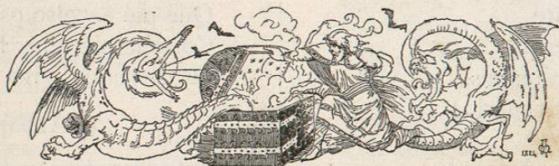
Yo desprecio tu blason  
 Y tu estirpe soberana,  
 Porque soy Perez de Aldana,  
 Almirante de Aragon.  
 Y porque fuera gran mengua  
 Profanar el templo santo,  
 Vive Dios, no me levanto  
 Para arrancaros la lengua.  
 Mas juro de insulto tal  
 Si cobro mi muerto brio  
 Pediros en desafío  
 La reparacion cabal.

FRANCÉS.  
Os esperaré en Paris  
Y dispuesto á todo estoy.

ALDANA.  
¡Ay de vos si á Francia voy!

FRANCÉS.  
¡Ay de vos si allá venís!

No hablaron más, porque acaso  
La gente empezó á alterarse,  
Y era forzoso mesura  
En lugar tan respetable.  
El francés entre la turba  
Juzgó oportuno borrarse,  
Y al hacerlo con enojo  
Le tiró á Aldana su guante.



## III

## LAS CHARLAS

*Tot homines quod sententia*

La moderna Babilonia,  
Ese Paris turbulento,  
Que de espectáculos, farsas,  
Chistes, riñas y festejos,  
Francachelas y bullicios,  
Novedades, burlas, juegos,  
De caprichos veleidosos  
Y de arrebatos funestos,  
De virtudes las más altas,  
De vicios los más horrendos,  
Fué siempre constante escena,  
Es, ha sido y será centro;  
Lo era ya el siglo remoto,  
Que hoy reproducen mis versos,  
Aunque reducido entónces  
A límites harto estrechos,  
Sin ni aun soñar la grandeza  
Que le destinaba el cielo,  
Y la moral importancia  
Con que hoy rige al universo.

TOMO II

Y en agitacion y pasmo,  
Y en confuso movimiento  
Lo tenia la llegada  
De un español caballero,  
Que á retar viene animoso,  
Por ultrajes que le ha hecho,  
El duque de Normandía,  
Y á empeñar á muerte un duelo.  
En las calles y en las plazas,  
En pórticos y en paseos,  
En salones y talleres,  
En las tabernas y templos,  
Mezquinos, lóbregos, rudos,  
Que no daba más el tiempo,  
Formando un Paris distinto  
Del magnífico que hoy vemos;  
Sólo se habla del combate  
Y se discurre del duelo,  
Circulando mil patrañas,  
Ponderaciones y cuentos.

24